

LA ARQUEOLOGIA EN VENEZUELA. EN TORNO A LAS
INVESTIGACIONES REALIZADAS POR LOS ANTROPOLOGOS
MARIO SANOJA OBEDIENTE E IRAIDA VARGAS ARENAS

Por LIC. MIGUEL A. MARTÍNEZ G.*

La Arqueología en Venezuela ha atravesado por dos fases distintas a partir de los primeros intentos realizados el siglo pasado. En general se puede afirmar que la primera se caracteriza por los aspectos descriptivos en cuanto al material localizado y a la comparación cultural entre los grupos regionales y continentales. La segunda presenta los primeros intentos para establecer la presencia de población en algunas regiones en épocas precolombinas y culminar con un trabajo de interpretación arqueológica que pretenda la reconstrucción de los modos de producción y de vida de los aborígenes venezolanos en base al material encontrado y a los aspectos ecológicos que presentan las regiones estudiadas en forma cronológica.

Entre los investigadores que a nuestro juicio figuran como representantes de la primera tendencia interpretativa se encuentran: Alejandro de Humboldt, Agustín Codazzi, Arístides Rojas, Lisandro Alvarado, Tulio Febres Cordero y Julio C. Salas, quienes a partir de los descubrimientos arqueológicos han intentado precisar la distribución de la primitiva población indígena en nuestro territorio, tomando dos caminos distintos, aunque conexos. Por una parte, los primeros reconstruyen a partir de los hallazgos la distribución de las parcialidades indígenas en base a sus rasgos culturales y a los vestigios lingüísticos que subsistieron después de la conquista; y por la otra los arqueólogos venezolanos Mario Sanoja Obediente e Irida Vargas Arenas reconstruyen parcialmente los modos de producción primitivos sobre esas bases y algunos descubrimientos propios.

En sus inicios la Arqueología en Venezuela parece orientada a la tarea de describir las características de los materiales arqueológicos encontrados y a buscar los puntos de comparación con otras culturas indígenas del continente que permitan establecer puntos focales de difusión cultural.

Los investigadores que impulsaron este esfuerzo consideran la cultura como el conjunto de caracteres externos de las etnias, las modalidades del lenguaje, las similitudes en los restos del arte cerámico o de la construcción de viviendas, semejanzas en los rituales y en la ornamentación de las etnias sobrevivientes al genocidio del conquistador.

Entre quienes primero hallaron residuos arqueológicos que sugerían la presencia de culturas indígenas en el territorio se encuentran los geógrafos y naturalistas Humboldt y Codazzi que, aun cuando no lo interpretaron en este sentido, describieron hallazgos como el que el primero atribuyó a los antiguos pobladores indígenas y que consiste en un extenso terraplén de cinco leguas de extensión por

* Miembro adscrito al Departamento de Investigaciones Históricas de la Academia Nacional de la Historia.

quince pies de alto y al cual se le asignó la función de camino construido por los naturales. A esto se reduce el aporte de Humboldt, quien además realizó observaciones entre los indios chaimas y las costumbres de macos, piaroas y maquiritares, relacionadas con su agricultura y modos de vida. Codazzi trató los aspectos etnográficos y lingüísticos de los naturales que poblaban los Estados Mérida y Trujillo, a la mira de establecer las relaciones en cuanto al lenguaje existentes entre ellos.

Arístides Rojas se preocupó por el estudio de las migraciones caribes de Oriente a Occidente, partiendo de las semejanzas lingüísticas y costumbristas entre los habitantes de la costa. Se nota en estos esfuerzos la búsqueda del origen de la presencia indígena en el territorio y no su relación con éste y los aspectos culturales en su conjunto, los modos de producción y las relaciones entre el hombre y su utilización del medio.

En sentido similar trabajó Lisandro Alvarado, intentando establecer comparaciones entre nuestros aborígenes y los de otras latitudes a partir de los objetos prehispánicos localizados. La siguiente cita confirma lo expuesto: "Las últimas placas descritas vienen a robustecer la hipótesis que formula el profesor Enrique H. Giglioli de Florencia (Italia), quien sugiere sagazmente la de que estas figuras así modeladas parecen ser peculiares a las indígenas precolombinas de la región central de Venezuela, y que en cuanto a su significación representan ellas de un modo más o menos convencional un murciélago con las alas extendidas. Al establecer esta hipótesis recuerda al dios Murciélagos, venerado antes por no pocas tribus de la América Central...". Cabe preguntarnos si este aspecto religioso donde sobresale la imagen del murciélago tiene algo que ver con la proliferación de este animal en vastas áreas del continente o si formaba parte de la dieta de algunos pueblos o si a su alrededor se había tejido una superstición. Esta como tantas otras interrogantes que hoy podemos hacernos no era común en los análisis que partían de tesis difusionistas por cuanto conllevan una apreciación profundamente influida por la importancia que hoy tienen las relaciones recíprocas *hombre-medio*.

Febres Cordero sigue la tradición venezolana de estudios lingüísticos y etnográficos, intentando establecer parentescos culturales entre los aborígenes en base a la Onomatología geográfica indígena. En este sentido realiza una comparación entre los orígenes de los vocablos chocolate y chorote que designan una misma variedad de bebida. Sin duda, que este cuadro comparativo permite establecer la posible vinculación cultural de pueblos distantes, pero la carencia de un concepto amplio sobre cultura, constituye el primer obstáculo para un enfoque integral del problema.

Julio C. Salas se especializa en determinar la veracidad que contienen las afirmaciones sobre existencia de parámetros comunes en el lenguaje de distintas tribus, y su quehacer arqueológico se restringe a describir la cuantía y características de hallazgos arqueológicos en los Estados andinos, tratando de precisar el uso de algunos instrumentos localizados.

Con Alfredo Jahn, Acosta Saignes y Cruxent se aprecia un enfoque más amplio del problema indígena y su distribución en el área nacional a la llegada

de los peninsulares, culminando con Mario Sanoja Obediente e Iraida Vargas Arenas, quienes no sólo establecen los focos culturales, sino los modos de producción de algunas áreas, historiando su desarrollo y las relaciones entre el hombre y el medio o sea incluyendo los factores ecológicos que permitieron al hombre americano mantenerse o emigrar de esas zonas.

En su obra "Los Aborígenes del Occidente de Venezuela", Alfredo Jahn estudia las poblaciones precolombinas de los lagos de Valencia y Maracaibo. Además de otras tribus, entre las que se encuentran los aborígenes de la Cordillera de los Andes, Jahn describe los elementos arqueológicos hallados sin realizar un análisis de su utilización, como tampoco deduce conclusiones o reconstrucciones de sus sociedades. Veamos algunas de sus consideraciones: "Cerca de Carache y Hato Viejo existen algunas cavernas, en las cuales los indios pobladores del tiempo de la Conquista escondieron buena cantidad de objetos de piedra y de cerámica que demuestran el avanzado estado de cultura de sus artífices, tanto por su peculiar técnica como por su ornamentación. Parece que los aborígenes aprovecharon estos escondites para salvar sus artefactos de la persecución que les hacían los misioneros, quienes con su estrecho criterio de fanáticos, veían objetos de idolatría en toda obra de este género. Las cavernas en que los aborígenes de aquella época encerraron las magníficas muestras de su cultura, fueron tapiadas cuidadosamente, a ello se debe que hayan llegado a nosotros en perfecto estado de conservación. Una de las más notables es la Cueva de Santo Domingo, cerca de Carache, la que fue descubierta y explotada en 1821".¹ A este respecto, dice Jahn, que: "Hasta ahora no se han encontrado estas construcciones o similares en el resto del país, a excepción del importante grupo de túmulos o montículos artificiales de La Mata o El Zamuro y Camburito, situado el primero, constante de veinte y dos cerritos, cerca del punto de unión del río Aragua con el caño Aparo, a tres kilómetros de la orilla oriental del Lago de Valencia o Tacarigua. El sitio de Camburito contiene unos cincuenta o sesenta túmulos de igual forma. Estos túmulos, al igual que los de los Llanos occidentales, sirvieron de base a las habitaciones de los antiguos aborígenes y contienen un rico acervo de objetos de cerámica ornamentada, de instrumentos de piedras y de urnas funerarias, que a nuestro juicio deben contener los restos de muchos miles de indios. Estos sitios en aquellos tiempos expuestos a las inundaciones del río Aragua brindaban en sus cerritos o túmulos seguridad a las habitaciones de los aborígenes y al mismo tiempo accesibles por las ligeras embarcaciones en que se dedican a la pesca". . .²

J. M. Cruzent expone algunas consideraciones sobre sondeos que se llevaron a cabo en la Isla de Cubagua y dice: "lo realizado en Nueva Cádiz nos ha permitido atesorar un material cerámico inapreciablemente valioso para los estudios sistemáticos, por otra parte nos encontramos en coexistencia con restos de origen occidental, los de origen americanos. . .". Cruzent estima que existieron pobladores en la mencionada isla hace dos mil o más años, de donde podemos deducir, admitiendo el juicio de éste, en torno a que hubo cambios ecológicos que obligaron a abandonarla como residencia permanente, "mientras el español se vio obligado

1. ALFREDO JAHN. *Los aborígenes del Occidente de Venezuela*, pp. 319-320.

2. A. JAHN. *Ob. cit.*, pp. 221-222.

a buscar recursos fuera de ella". Los juicios de Cruixent sientan un precedente de actividad arqueológica en nuestro territorio de gran importancia en el sentido de descubrir las causas para el despoblamiento de una región.

Los estudios etnológicos del doctor Miguel Acosta Saignes lo han llevado a establecer un patrón de poblamiento cultural para Venezuela que distribuye nuestros indígenas en diez áreas culturales, además de fijar, ayudado por los hallazgos arqueológicos, sus economías o más bien sus preferencias alimenticias y sus actividades económicas.

El más amplio y completo estudio arqueológico en Venezuela corresponde hasta ahora a los esposos Mario Sanoja Obediente e Irida Vargas Arenas, a través de su obra "Antiguas Formaciones y Modos de Producción Venezolanos", en la que realizan una clasificación de las formaciones sociales y de los modos de producción indígenas. Dividen su trabajo en tres grandes partes: 1º) Formación de Cazadores y Recolectores; 2º) Formación Agricultura; y 3º) Formación Indo-hispánica. Estas se subdividen en modos de producción concretos que toman en cuenta las actividades indígenas en determinadas regiones de acuerdo a los hallazgos arqueológicos y a los elementos ecológicos. Teóricamente, Mario Sanoja y su compañera, dan un vuelco a las categorías de análisis cuando introducen en base a la confrontación de esas economías primitivas, los términos *modo de producción tropical* y *modo de producción teocrático*. Independientemente de la polémica que ello pueda suscitar, bien sea entre los dogmáticos y Sanoja o entre las posibilidades de esas categorías y la realidad de conjunto, ellas resultan válidas como parámetros de una investigación en un campo tan inexplorado en nuestro país e incluso en Latinoamérica. La obra, a grandes rasgos, historia el desarrollo de varios grupos indígenas que poblaron el país en épocas precolombinas y lo hace a partir del análisis de los elementos de producción, los utensilios de caza y pesca y alfarería, de las armas y cerámica, e incluso de los aspectos ecológicos que incidieron decisivamente en la permanencia de estos grupos. Sanoja Obediente y Vargas Arenas utilizan las investigaciones anteriores para construir sus tesis y las refuerzan con las propias.

Veamos de seguidas una opinión de los referidos autores: "Las consecuencias tecnoeconómicas de la introducción de un complejo de artefactos de piedra más avanzados y especializados en el Occidente de Venezuela, habrían sido, según Cruixent, el desarrollo de un tipo de cacería semi-directa, en el cual las hembras habían comenzado a utilizar puntas líticas de proyectil enmargadas en un asta de madera, más efectivas que los primitivos venablos de madera endurecida". Y añaden: "El desarrollo de las nuevas técnicas de caza, está asociado con la aparición del complejo El Jobo. Entre 10.000 y 8.000 años A. C., la paleofauna que caracterizaba los períodos anteriores comienza a extinguirse, pero las puntas de proyectil y las nuevas modalidades de su utilización implican una ruptura con el antiguo modo de vida".

Esta segunda cita demuestra un hecho esencial: la prehistoria venezolana comienza a ser descifrada y con ella la tesis de la anonimidad indígena se viene al suelo, los aborígenes no fueron colocados por la providencia para que los europeos se llenaran de gloria en su masacre despiadada de conquista. Ellos tenían historia, formaciones económicas, desarrollo autónomo y los invasores tuvieron que utilizar

muchos de sus procedimientos para no perecer en estas latitudes. Ese es el otro gran mérito de estos científicos, haber contribuido a romper la incógnita prehistórica en nuestro país, porque primero ha sido revolucionar la arqueología en Venezuela y abrir los nuevos derroteros de la investigación. Los aspectos concretos y técnicos de su obra constituyen el soporte material de esta trascendencia que aquí señalamos. Ellos tratan los aspectos de los primeros pobladores del Lago de Valencia, la llamada Fase Zancuda del Lago de Maracaibo y el estilo barrancoídes del Bajo y Medio Orinoco, en cuyos detalles no entraremos pues sólo nos interesa destacar el progreso que para la Arqueología en Venezuela constituye el aporte de Mario Sanoja Obediente e Iraida Vargas Arenas.

PRESENCIA DE GUILLERMO MORON

Por RAFAEL MARÍA ROSALES

Viene al Táchira el escritor, historiador, filósofo y novelista Guillermo Morón, uno de los intelectuales venezolanos cuya obra humanística es reconocida y valorizada nacional e internacionalmente, pues sus dotes de erudito y de historiógrafo tienen estimación singular. Es porque Guillermo Morón ha nutrido con sus estudios progresivos en Venezuela, en España, en Alemania y otros países, su sensibilidad espiritual y llegado al dominio de la Historia y de la palabra ilustrada, a la vez que ha robustecido las ideas y las características de una cultura enviable. Las raíces greco-latinas y su vinculación con la literatura enciclopedista y en ascendencia formal en el ámbito venezolano y cósmico, le dan no solamente la información real y clara de lo clásico y de lo humanístico, sino la brillantez para el análisis y la solvencia para hacer una obra perdurable.

Importantes libros, conferencias, artículos, presentaciones radiales y en televisión, expresan la calidad y la cualidad del historiador y del culto letrado que es este intelectual, y también asiduo asistente a Congresos, Simposios y reuniones de carácter nacional e internacional. Pertenece a diferentes instituciones de proyección académica y amplitud civilizadora. En cada una de ellas rinde frutos estimables. En la Academia Nacional de la Historia, de la cual es Director, tiene calificación preferencial por el dominio eficaz de su rendimiento como dirigente y como administrador de una obra aquilatada por su reputación dentro y fuera de Venezuela. Las Colecciones editadas normalmente por dicha Academia prosperan en recomendación, número y circulación con el aliento morodiano.

La obra fundamental de Guillermo Morón es la Historia de Venezuela, concluida luego de cerca de 25 años de trabajo intenso y cuidadoso, y cuyos cinco grandes volúmenes comprenden la Historia "integral e integrada" de la Provincia de Caracas y de las demás Provincias venezolanas y la información de la Venezuela rural y desintegrada por los vacíos de poder provocados por Administra-